

FIDELIDAD EUSKARA



(Cuadro de costumbres)

El hortelano Pachi había recibido orden de su amo para que reuniera á todos los colonos electores de las caserías de su pertenencia y con ellos se dirigiese al correspondiente colegio, á depositar sus sufragios en pró del candidato recomendado.

Agrupada la pequeña hueste, que se componía de ocho caseros de distintas condiciones y tipos, el hortelano se puso al frente de ella y encamináronse á cumplir con uno de los deberes más sagrados de la patria, cual es la emision del voto.

El paseito era bastante largo; tenían que recorrer de tres á cuatro kilómetros para llegar al sitio de la votacion, situado en la sala de una escuela rural.

Pachi no les permitía detenerse en el camino, temeroso de alguna sorpresa y fiel á la consigna de su amo.

Varias veces se les habían acercado gentes muy sospechosas invitándoles á que echaran un trago en la taberna próxima, empeñadas con mil subterfugios en conocer la candidatura que llevaban; pero el hortelano y los suyos rehuían toda conversación, y, sordos á las palabras de los mal disimulados agentes electorales, continuaban impertérritos su camino.

Aquel abigarrado conjunto de caseros, tan unido y compacto física y moralmente, y que con su jefe á la cabeza iban á ejercer un derecho, era realmente digno de estudio.

Pachi mostraba una superioridad manifiesta ante sus compañeros, con su traje más decente, su mayor inteligencia y la confianza del amo.

Los del grupo, viejos y jóvenes, todos muy pobremente vestidos,

algunos fumando en pipa y otros con la blusa al hombro, seguían sin distanciarse apenas un paso uno del otro, al hortelano qua marchaba á la cabeza, y parecían una cuerda de presos.

—Tened presente, les decía Pachi, que cuando el amo nos recomienda que votemos al candidato cuya papeleta llevarnos en el bolsillo, será porque es un hombre honrado y digno.

Nosotros no entendemos de estas cosas, mas por desgracia sabemos que hay mucho pillo que se ocupa de política para medrar. Si todos fuesen como nuestro amo, no hubiéramos perdido tanta sangre, tantos millones y tanta vergüenza en las Américas.

Vamos á ver, tú, Joṣé. Miguel, si yo te dejara ahora en libertad, ¿á quién votarias?

—Yo, al amo.

—Pero si el amo no es candidato.

—Pues al que me mande el amo.

—Eso es obrar con cordura. Para que supiésemos lo que hacer por nuestra cuenta, sería preciso adquirir antes alguna instrucción y nosotros no sabemos leer ni escribir y mal podremos comprender la bondad de las doctrinas de uno ú otro candidato. En su defecto, cuando se tropieza con un amo tan excelente é ilustrado como el nuestro, es una garantía de acierto seguir sus consejos.

—Pachi, replicó otro del grupo, ¿para qué queremos el voto si no nos sirve más que de compromiso? Mejor sería que nos lo quitasen y nos evitaríamos muchos disgustos.

—Eso no; pero ya sabeis, les arguyó el hortelano que hay algunos canallas que especulan con el voto, y eso es infamante.

—La verdad, dijo uno, que es muy socorrido para pobres miserables como nosotros, que no tenemos donde caernos muertos, cobrar unos cuartejos por un voto dado á Juan ó á Pedro.

—Calla hombre, eso no es tener vergüenza, le contestó un compañero. El que da dinero porque le voten, piensa resarcirse de una ú otra manera y no puede inspirar confianza.

En esta y otras conversaciones semejantes habían andado las tres cuartas partes del trayecto é iban acercándose al colegio electoral.

Ya bien cerca, dos agentes electorales se dirigen á ellos.

—Oye, Pachi, una palabra. No seas tonto; te ofrecemos cinco duros por cada voto si aceptas nuestra candidatura, y nadie se enterará del cambio. Cinco por ocho cuarenta, y diez por el tuyo y la propina,

son cincuenta duros redondos...— Y al propio tiempo exhibían ante los asombrados ojos de aquellos caseros un manojo de billetes de Banco.

¡¡Cinco duros!! para cada uno, esto es la holgura y la felicidad de la familia por unos días... pero el hortelano, lleno de indignación, les apostrofó enérgicamente:

—Dejadnos en paz, holgazanes, y no perdaís el tiempo queriendo conquistarnos cuando tanto goloso encontrareis por ahí. Nosotros somos pobres, pero honrados y leales. Iros... iros á ejercer vuestro oficio en las tabernas.

Y vana fué la porfía contra la inquebrantable resolución de Pachi.

Llegaron al colegio; ante la puerta y sus inmediaciones se veían bullir numerosísimos electores, varios agentes, algunos carruajes, y la animación era extraordinaria, señal de que la elección se presentaba muy reñida.

El hortelano y su gente son objeto de nuevos asaltos por parte de los partidarios de uno y otro campo; quieren cambiarles las papeletas con mil embustes; les fingen órdenes contradictorias del amo, y casi se vienen á las manos á causa de aquella insistencia de querer comprarles el voto...

—Que no... que no... que no nos fastidíeis, gritaba Pachi como un energúmeno.

Por fin logra atravesar por en medio de aquella baraunda y penetra en el portal, donde revista su hueste por si alguno se ha escabullido, reconoce las candidaturas y ¡adelante! exclama, entrando en la sala electoral.

Acércanse á la mesa y quedan ante ella mudos y parados.

El presidente se dirige al que está más próximo.

—¿Cómo te llamas?

—Juan Mari.

—¿Juan Mari qué?

—Juan Mari Inchaurrieta.

—¿Qué más? El apellido de la madre.

—Josepa Antoni.

—Te pregunto por el apellido.

—Caracho... (rascándose la cabeza) no sé; ¿te acuerdas tú, Pachi?

—Me parece que he oído decir que Josepa Antoni Echeberria.

Alguien saca de dudas al presidente respecto de la filiación de aquellos votantes.

Y terminada esta escena, que más que la emisión de un sufragio parecía un alistamiento, volvieron á salir.

En la puerta un agente les condujo á una casa inmediata en la que otro sujeto que estaba sentado delante de una mesa tomando apuntes, entregó á Pachi nueve papelitos amarillos ó bonos, que representaba cada uno el valor de dos pesetas para que con ellas y en obsequio al candidato tomaran un bocadillo y remojaran sus secas fáuces.

La mesnada del hortelano se fué por donde había venido, pero esta vez ya no ejerció Pachi vigilancia sobre sus compañeros, dejándoles, por el contrario, en libertad de que entrasen en la taberna ó se fuesen donde quisiesen.

Aquella misma tarde se presentó Pachi en casa del amo á darle cuenta del cumplimiento de su misión y éste, después de algunas frases afectuosas y de un par de pesetejas de propina, le envió á la cocina para que le agasajaran con pan, queso y vino.

Desgraciadamente, mucho ha corrompido el dinero las buenas costumbres electorales de este país: pero aún quedan buen número de Pachikus en representacion de la fidelidad euskara.

ALFREDO DE LAFFITTE.

PROYECTO DE CORONACIÓN

DE LA

VIRGEN DE BEGONA



Leemos en *El Nervión* de Bilbao:

«Tenemos las más excelentes y satisfactorias noticias respecto de los trabajos preliminares que desde hace algunos días realizan los Cabildos de Bilbao y Begoña, para puntualizar las bases generales del proyecto de Coronación de la Virgen venerada en el Santuario de la vecina anteiglesia.

Consideramos, pues, indudable que se llevará á cabo con todo el esplendor y la magnificencia que á la grandiosidad del acto coresponden, la idea iniciada y razonada con grandísima amplitud en una página